



20 de febrero de 1881

Meditación sobre la Pasión y antes la agonía de Nuestro Señor en el huerto de los olivos

Mis queridas hijas:

He venido hoy aquí para invitaros a comenzar desde ahora la meditación de la Pasión, que debe ser una de las grandes ocupaciones del alma religiosa durante la Cuaresma y, me atrevería a decir, en todo tiempo. Muchos santos religiosos creen que nada conduce más rápidamente a la perfección que la meditación de la Pasión. Santo Tomás, al parecer, lo dice muy particularmente.

Esto debe entenderse, sin duda, añadiendo la devoción al Santísimo Sacramento y a los diversos misterios del Señor, que la Iglesia nos propone a lo largo del año, como la Santa Infancia. A este respecto, es necesario seguir la atracción interior en lo ordinario de la vida; pero en este tiempo, es necesario meditar particularmente la Pasión. Os aconsejo que empecéis meditando sobre la agonía de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto de los Olivos. Es un largo y gran tema de meditación. Si le dedicarais una semana o más, no sería demasiado. Me limitaré a indicar algunos puntos para ayudaros en esta meditación.

En primer lugar, hay que considerar el horror del pecado. Nuestro Señor Jesucristo se ofreció por todos los pecados del mundo. Pero no debemos quedarnos en esta generalidad. Viendo el horror que el pecado inspiraba en Aquel que es la santidad misma, Aquel que no puede soportar la menor ofensa contra su Padre, Aquel que es la antípoda del pecado, debemos llegar a mirar nuestros propios pecados, en el círculo de todos los pecados del mundo que llevó nuestro Señor.

Debemos sentir una gran contrición, un gran amor, y al mismo tiempo tomar la resolución muy firme de evitar la menor falta. No debemos decir: «Estos no son pecados mortales, o al menos no son todos pecados mortales». Debemos mirar todos los pecados veniales, todas las malas inclinaciones que hay en nosotras, todo lo que nos lleva a la vanidad, a los celos, al orgullo, a la desobediencia, a la pereza. Debemos mirar todo esto en la medida que podamos, y ver a nuestro Señor en el profundo dolor que aceptó para expiar nuestras culpas. Esto es lo que debemos ver durante más tiempo, cuando meditamos en la agonía de nuestro Señor, porque todo lo que os diré a continuación se explica y se justifica por ella.

Inmediatamente después, debemos considerar el estado en que se encontraba nuestro Señor cuando se dignó aceptar el peso atroz de nuestros pecados. Se encontraba en el estado más desolador y doloroso que se pueda imaginar. *Comenzó a*

*sentir miedo y angustia*¹² Comenzó a temer. El alma de nuestro Señor Jesucristo está llena de temor. La Sagrada Escritura no usa una palabra sin significar toda la extensión de las cosas en cuestión; así nuestro Señor está lleno de miedo y terror.

Imaginad un alma humana en el más profundo dolor. Un santo de nuestro tiempo ha dicho con razón que ninguna persona razonable dirá jamás que los dolores del cuerpo no son nada. Pero los dolores del alma son aún más terribles, y Nuestro Señor quiso tomarlos en su intensidad más extrema. Vedle en los dolores del alma, y aceptando los dolores del cuerpo. Vedle en el miedo, en la tristeza, en la mayor angustia, en el más profundo tedio. Vedle entregándose a todo abatimiento, a todo quebranto, a toda tristeza -no diré al desaliento, pues muestra el mayor valor-, sino a todo lo que el hombre expresa por la más completa agonía y angustia del alma que pueda imaginarse. En este estado nuestro Señor aceptó el peso del pecado. A este estado le han reducido nuestros pecados, los míos, hermanas mías, los vuestros.

Nunca habrá piedad verdadera o sólida en un alma que no odie el pecado más que cualquier otra cosa, y no sólo el pecado mortal, sino también el venial. Esto, hermanas mías, no lo digo yo. ¿Recordáis en la vida de santa Catalina de Siena que, pidiendo para su confesor la mayor gracia que podía recibir, le obtuvo la contrición de sus pecados? De pronto, estando aún con ella, comenzaron a brotarle las lágrimas. Este sacerdote, que era un santo religioso, se llenó de tal contrición por sus pecados que sus lágrimas brotaron en abundancia y ya no pudo detenerlas. Era la gracia más grande que podía recibir. Si se levantara del suelo al rezar, si tuviera éxtasis y arrobamientos, no sería una gracia tan alta, tan sólida, tan grande tal vez, como la inmensa contrición por el pecado, y la resolución de morir antes que ofender a Dios de cualquier modo.

Este es, pues, el estado que nuestro Señor se dignó aceptar en expiación de nuestros pecados. Debemos sacar inmediatamente una conclusión para el alma religiosa. Nuestro Señor pasó tres horas en agonía. Esas tres horas representaron un estado. Muchas veces durante su vida, el alma de nuestro Señor estuvo en este estado. ¿En qué consiste? Es el estado de la más completa angustia con perseverancia en la oración. Es un gran ejemplo para una religiosa. Porque estamos hechas para llevar una vida de oración, no estamos hechas para llevar una vida de consolación. Es muy posible que sea en la desolación continua, en la ausencia de toda luz, llenas sólo del dolor de nuestros pecados, cuando nos presentamos ante Dios, sometiéndonos a su voluntad y repitiendo una y otra vez la misma oración, como hizo nuestro Señor durante tres horas. Durante tres horas, abandonado por los suyos que dormían, permaneció a solas con el tentador, a solas con todos los crímenes del mundo, a solas ante el rostro airado de su Padre, que sólo veía en él el pecado con el que acababa de cargar. Nuestro Señor, tomando para sí esta mirada de cólera, se entrega, se ofrece y ora.

Este es un estado por el que muchas almas religiosas pueden tener que pasar, y en el que deben unirse al Salvador, orar con él y sufrir con él. La agonía no es todavía la inmolación de la cruz: es la pasión del alma, la pasión del corazón y, me atrevería a decir, la pasión de la conciencia. Nuestro Señor, como hombre, tenía conciencia, y una conciencia tan delicada, tan pura, tan alejada de todo mal, tan sumisa a todas las voluntades de su Padre, que debió ser para ella una verdadera pasión verse agobiada por todas las indignidades que se pueden cometer en el mundo.

¹ Mc 14, 33.

Contemplando este estado tan doloroso y angustioso, debemos pensar que es lo menos que podemos hacer, durante una o dos semanas de nuestra vida, hacer compañía a nuestro Señor en esta extrema angustia, en este gran dolor al que quiso verse reducido por amor a nosotros. Si a sus discípulos les dijo: «*Así que no habéis podido velar conmigo ni una hora*³», a nosotras nos dice lo mismo.

Nos pregunta: «¿No queréis estar conmigo en esta angustia, en la paciencia, en el sufrimiento, rezando conmigo, repitiendo conmigo la misma oración? ¡Y qué oración, hermanas mías! Una oración de sumisión absoluta a la voluntad de su Padre.

Nuestro Señor no se impuso los sufrimientos que padeció. No los eligió. En absoluta sumisión, en completa unión con la voluntad de su Padre, aceptó generosamente los sufrimientos que se le presentaban. Pues la última parte de esta meditación es la generosidad absoluta de nuestro Señor, que lo acepta todo: el estado en que se encuentra, la angustia en que está, el abandono de los suyos, el sufrimiento y el abandono de la cruz. Él ve todos los males de la Iglesia. Ve todas las almas que, después de haber sido suyas, le serán infieles. En algún lugar dice: *Estas son las heridas que he recibido en la casa de mis amigos*⁴.

Es por nosotras, hermanas mías. Estas heridas son las faltas, las infidelidades que cometemos en la casa de Dios. Él ve todas las traiciones -Judas era un tipo de ellas- pero ¡cuántas almas abrazan a nuestro Señor y lo traicionan! En el fondo, todas las personas que, después de comprometerse por votos con el estado religioso, vuelven al mundo, son la imagen del beso de Judas. ¿No crees que el pecado mortal, si alguna vez entra en un alma consagrada, es una especie de traición de Judas? ¿Quién sabe si, cediendo al pecado venial, a la ira, al resentimiento, a la falta de caridad, no caemos en algún momento en pecado grave? Así que hay que evitar todo tipo de pecado.

Volviendo a la generosidad de Nuestro Señor, Él lo acepta todo, lo quiere todo. Ve su Pasión en sus más mínimos detalles, ve los sufrimientos más atroces del cuerpo reservados para él, ve el rostro de su Padre irritado contra él, y lo acepta todo. No ve consuelo en el sacrificio. Sólo ve abandono, y abandono hasta el fin. Se entrega por entero en sacrificio y obediencia.

Si meditáis mucho tiempo y con mucho amor la agonía de Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, entraréis en la Pasión a través del Corazón sagrado de Nuestro Señor, a través de sus propios sentimientos. Sacaréis de ella una obediencia indefectible que se opondrá al pecado y os hará amar todo lo que la Regla y la vida religiosa pueden ofreceros. Vuestros sacrificios nunca serán iguales a los de Nuestro Señor. Podéis tener sacrificios muy grandes. Puede haber disposiciones de vuestras superiores o de la Providencia, enfermedades, pruebas que os parezcan una gran medida de sacrificio, pero ¿qué es eso comparado con los sufrimientos de nuestro Señor?

Lo grande es poner en nuestra alma y en nuestra voluntad disposiciones que imiten un poco las de nuestro Señor. Ya comprenderéis por qué meditar la Pasión es la maestra de todas las meditaciones, porque si lográramos formar en nosotras disposiciones semejantes a las de nuestro Señor, si nos abandonáramos al sufrimiento, si perseveráramos en la oración a pesar de la sequedad, si nos entregáramos por entero a la angustia y al dolor, nada nos detendría: seríamos siempre una sierva fiel y una verdadera esposa.

³ Mt 26, 40.

⁴ Za 13, 6

Santa Teresa decía que, mientras un hombre en el mundo estuviera en la humillación o en la enfermedad, ¿sería justo que su esposa quisiera tener para ella brillo, resplandor y placer?

No estamos en otra condición con respecto a nuestro Señor. Él nos ha dado su nombre, su rango, somos sus esposas, por lo que conviene que aceptemos compartir sus estados, sus sufrimientos, su sujeción, que son tan grandes. Que ésta sea la disposición que tomemos a sus pies por medio de la oración.